

—Corra usted, amigo Cantoya, corra usted acaso sea tiempo de evitar una desgracia.

—Sí, evitémosla.

—El infeliz esposo de Efigenia se paró con la mayor calma del mundo, tomó el sombrero y salió en busca de su adorada mitad.

V.

—Canuta, dijo el diplomático, si yo me encontrase en lugar de Cantoya, comenzaría por exigir una indemnización á la Francia.

—¿Y usted cree, caballero, que hubiera suficiente dinero en el tesoro de Napoleón para indemnizarlo de mi pérdida?

—No, amiga mía pero yo soy poco ambicioso; unos cuantos millares de francos.....

—¡Calle usted, hombre imbécil!

—Querida mía, se nos había olvidado un asunto esencial y de vital interés.

—¿Cuál?

—Vamos á caer parados si se establece la República.

—¡Te chancas!

—Para chanzas estoy.

—Será alguna de tus majaderías diplomáticas.

—Cuidado con la diplomacia, eso es un asunto sagrado.

—Pues habla, para que nos entendamos.

—La casualidad viene en nuestro auxilio; nuestra hija Luz nos salva de la catástrofe con sus relaciones con el general Fernández.

—No: yo rechazo una y cien veces la salvación de manos de un demagogo, eso es humillante; los que hemos pertenecido á la monarquía, no nos rebajaremos hasta el grado de aceptar semejante alternativa.

—Entonces déjame obrar con entera libertad; pero necesito de tí.

—En qué manera?

—Es necesario que tejas una corbata colorada; que sacudas el retrato de Zaragoza y el de Juárez; es necesario irse disponiendo.

—Tenemos un cambio de frente?

—No, de espaldas; porque la situación es amarguísima.

Doña Canuta envió por seda roja para la corbata del diplomático, y sacó de una bodega los retratos de Juárez y Zaragoza.

La luna del imperio decididamente entraba en el cuarto menguante.

CAPITULO TERCERO

EL DESTINO.

I.

En el salón formado en los corredores de la casa de Don Alfonso, por cortinas blanquísimas de brín, puestas sobre varillas que mediaban de columna á columna, se encontraban las tres heroínas de esta novela, es decir, las tres figuras interesantes, Luz, Clara y Guadalupe.

Aquellas jóvenes hermosas como las náyades de un lago, se entretenían en bordar en un bastidor una elegantísima colcha que habían prometido á Don Alfonso en cambio de unas sortijas.

Las tres amigas reían con estrépito á causa de algunos puntos errados, que hicieron aparecer las alas de un pavo, naciéndole del pescuezo.

Las tres se disculpaban procurando que la falta recayese en las compañeras.

Luz, que tenía un humor bellissimo, dijo á Clara:

—Recuerdas el avestruz qua le hicieron llevar á mamá en el peinado la noche del baile?

—Fué de mala intención.

—Yo estaba quemada.

—Y yo, frita.

—¡Ay Guadalupe! un alférez, llamado Poleón, se encargó de estropear á la infeliz mamá.

—He oído un cuento, dijo Luz con misterio.

—¡Hola! ¿tenemos crónica escandalosa? Vamos, Luz desata la lengua.

—Han de saber ustedes, que una cosa que se llama el señor de Cantoya, está casado con otro objeto que se atreve á llamarse Doña Efigenia.

—¡Ah, sí ya caigo: algo he percibido también. Continúa.

—Pues señoras, esa esposa de Cantoya, se largó antenoche con el alférez Poleón.

—¡Qué barbaridad!

—El alférez la condujo á un carro donde había sacos de cebada y la depositó entre ellos. El señor Cantoya presentó su queja á la autoridad, y se procedió al cateo de los carros y acémilas. Doña Efigenia fué sorprendida infraganti, con una cachucha del alférez con su correspondiente paño de sol, que le

servía de velo. El sargento de zuavos la hizo bajar del carro, y la entregó á su desolado esposo, el cual se permitió darle una docena de puntapiés de lo lindo. Aseguran que ha pedido el divorcio.

—¡Estos franceses son el demonio! A nadie le hubiera ocurrido semejante atrocidad! ¡probarse á una gorda!

Guadalupe se reía locamente.

--¡Cuidado! dijo Clara, que yo tengo mis tendencias á la obesidad, y tengo serios temores sobre mi porvenir en cuanto al volumen.

—Pero tú serás una gorda encantadora, la Efigenia de la belleza.

—¡Dios mío! ese es muy poco espiritualismo: á mi me parece que las gordas tienen embotada la fibra del sentimiento.

—Yo soy de la misma opinión, dijo Guadalupe; en Morelia hay una señora que ha enviudado ya cinco ocasiones y no se ha muerto de la pesadumbre; todos lo achacan á la gordura de la viuda.

—Yo creo que tienen razón.

—Figúrense ustedes un Romeo gordo, y una Julieta de catorce arrobas.

--Las gordas son unos imposibles.

II.

Llegaban á este punto de la broma, cuando entró el criado precipitadamente.

--¿Qué pasa? dijo Clara.

—Que un carruaje se ha hecho pedazos contra los árboles, el caballero que venía adentro se ha salvado milagrosamente, y pide permiso para entrar en la casa mientras llega su otro carruaje.

....Que pase al momento, dijo Clara.

A los pocos instantes, un joven alto, de patillas rubias abiertas por el medio y cayendo sobre su pecho, de ojos claros y de semblante adusto, se presentó en las escaleras del corredor.

....-Buenas tardes, dijo con acento extranjero. Las jóvenes, que estaban atentas esperando la llegada del caballero, exclamaron á la vez;

—¡El emperador!

Guadalupe, no pudiendo sufrir la emoción, cayó desmayada.

Maximiliano, á fuera de galante, se acercó á la joven, fijó en ella su mirada, y luego que la hubo reconocido se puso intensamente pálido, sus manos comenzaron á temblar, y sin notarlo dijo emocionado:

—¡Guadalupe!

Clara y Luz se vieron asombradas.

Maximiliano balbuteó algunas excusas y salió inmediatamente de la casa.

III.

Clara informó á su padre de lo que había ocurrido.

Don Alfonso se quedó confuso y pensativo.

Había caído la noche, cuando un carruaje se detuvo á la puerta de la casa.

—Señor, dijo el lacayo, un caballero pide permiso para hablar reservadamente al señor Rodríguez.

—Dejadme sólo, dijo Don Alfonso, necesito hablar con un individuo un negocio reservado.

--No hay nada, es él, decía para sí Don Alfonso; yo tengo que hablarle con entera franqueza; no puedo permitir esos amores; yo no debo hacerme cómplice por ningún motivo.

El emperador entró en la sala.

—Señor, dijo Don Alfonso haciendo sentar á Maximiliano; ¿en que puedo servir á V. M?

—Caballero, aquí no soy el emperador; soy un hombre arrastrado por la desgracia á una situación horrible.

—No comprendo.

—Voy á explicarme con entera franqueza.

—Ya tengo el honor de escuchar á V. M.

—Hace tiempo que en mi estancia en Cuernavaca he conocido á una joven á quien amo violentamente.

—¿Me permitirá V. M. explicarle el motivo de su permanencia en esta casa? Yo soy amigo de Pablo Martínez, hermano de Guadalupe: él me la ha confiado, y no seré yo quien abuse de esa confianza depositada en mí.

--Yo no intento, caballero, una complicidad; ni os hago la ofensa de creerlos capaz de entrar en un pacto criminal.

—V. M. me conoce bien.

—Sí, caballero; solamente he venido á pedirlos un favor.

—Pida V. M. y como supongo que no aventuraré una sola palabra indigna de su fama ni de mi nombre, estoy dispuesto á todo.

- Caballero, esa mujer está pura como un ángel.
 —Lo sé, señor; hay almas que no se han empañado nunca con la mentira.
 —Pues bien, caballero, yo os confieso que he cometido una mala acción ocultándole mi nombre, la he dicho ser un capitán de la guardia imperial, y ella me ha amado.
 —Lo sé también.
 —Yo tengo remordimientos, necesito pedir perdón á esa criatura; permitídmelo yo os lo suplico en nombre de vuestro honor.
 —Bajo vuestra palabra os lo permito.
 —Levantóse Don Alfonso, y llamó á Guadalupe que entró demudada en el salón.
 El español se retiró á la pieza inmediata.

IV.

- Guadalupe, dijo Maximiliano levantando la voz para que Don Alfonso oyera su conversación, yo te he ofendido.
 —Todo lo he olvidado, señor.
 —Desde aquella noche funesta no he cesado de pensar en tí, quería encontrarte para pedirte perdón.
 —Evítad, señor la humillación que debe sufrir vuestro espíritu.
 —Cuando un hombre ha delinquido, no tiene mayor satisfacción que la de confesar sus faltas y arrepentirse.
 —Cuando las reparaciones tienen algún objeto, todo se acepta; pero cuando no hay porvenir...
 —¡Esto es horrible! exclamó el austriaco. Yo no pretendo seguir unas relaciones que te deshonorarían, yo sacrifico mi cariño y mis esperanzas ante tí.
 —Mucho os debo, señor.
 —Compadécete de mí, mirame solo, aislado en el mundo, con el corazón hecho pedazos; y sin embargo, dándote el último adiós; porque esta noche es la última que nos veremos.
 Guadalupe sintió anudarse su garganta. Por un esfuerzo supremo contuvo el torrente de lágrimas que se agolpaban á sus pupilas.
 —Vengo, dijo sombríamente Maximiliano, á pedirte perdón, mírame arrodillado.
 Levantad, señor, levantad: esto es ya demasiado para un corazón de mujer.
 Alzóse el emperador, y cruzado de brazos enfrente de Gua-

- dalupe, permanecía en silencio, brillando en sus pupilas los reimpagos de esta tormenta que agitaba su corazón.
 —Vengo á recordarte tu última promesa.
 —¡Callad, por compasión!
 —¡Tú me has ofrecido acompañarme en mis últimos momentos si la revolución abre á mis piés una tumba!
 —Lo juré exclamó Guadalupe con acento solemne; es un deber que me he impuesto y lo cumpliré.
 —Sí, tú serás el ángel de mi agonía, yo estaré tranquilo y tú me darás fuerza para afrontar las vicisitudes.
 —¡Adiós, dijo Guadalupe sollozando, adiós! ¡plegue al cielo que nos volvamos á ver!
 —¡Adiós, murmuró Maximiliano; la tormenta del infortunio ruge en el fondo de mi corazón!¡el todo por el todo! ¡adiós!

V.

- Guadalupe se quedó como herida por un rayo, en esa agonía espantosa del sufrimiento.
 Clara y Luz, que todo lo habían presenciado, la acompañaban conmovidas.
 —Sí, decía Guadalupe, yo le amo con todo mi corazón; he callado mucho tiempo, pero ya me ahogaba este secreto que el destino ha venido á descubrir.....sí, amigas mías, ustedes aman como yo; pero son felices y sueñan en el porvenir; yo tengo delante el abismo de la desesperación.
 —Cálmate, Guadalupe, le decían las jóvenes; nosotras comprendemos tu amargura y respetamos tu desgracia; pero Dios está por cima de todo, y él te dará el consuelo que tanto necesitas.
 —El me ha abandonado, ¡soy muy desgraciada! amar á un hombre hasta el delirio, llevar su imagen en el centro del alma, respirar con su aliento, ver por sus ojos, no conocer más horizontes que los que cruza esa sombra, entregarle toda el alma, soñar en un cielo azul y un campo de flores, para arrancarse después de ese paraíso y hallarse en la playa de un mar inquieto y tormentoso!
 —¡Eres muy desgraciada! murmuró Clara, temblando de emoción.
 —¿Para qué verle por la última vez? ¿No estaba satisfecho el cielo de mis dolores para que me arrojase delante de ese hombre á quien no puedo dejar de amar? ¡Dios mío! ¡Dios mío!
 —¡Esto es horrible! murmuró Luz.

—Yo necesito llorar; pero llorar á torrentes!.....ya me he arrancado á pedazos el corazón, ¡ya no tengo lágrimas que verter, y el dolor sigue devorando una existencia que ya no me pertenece!

—Cálmate, amiga mía, cálmate, no te aflijas,

La joven entró en el silencio de la afixión, en esa concentración más amarga que el llanto.

Las dos amigas la contemplaron tristemente, dolidas de esa angustia que marchitaba el alma virgen de aquella criatura.

Don Alfonso, en un rincón del aposento, pensaba sin querer en la suerte de su hija.

—¡Señor! exclamaba desde el fondo de su alma; aleja de mi mente estos pensamientos sombríos, que arrojan la desesperación en mi existencia: si mi hija ha de ser desgraciada, ábreme la tumba, yo no tendré valor para verla padecer.

VI.

Maximiliano se echó fuera de la casa, loco, delirante, hablando palabras incoherentes que revelaban el extravío de su alma.

¡Pobre archiduque! su estrella se había nublado por completo.

El mundo de sus esperanzas se perdía en el infinito de su fatalismo.

Caminaba apresuradamente por la calzada de San Cosme.

El ruido del agua que se desprendía de un arco roto del acueducto, llamó su atención y se detuvo.

A pocos momentos un hombre hizo alto junto al emperador, lo examinó y según él nada encontró de sospechoso, pues se quedó á pocos pasos del austriaco.

Habían pasado algunos momentos, cuando una mujer, que tenía trazas de sirviente, pasó junto al individuo que llegó después de Maximiliano.

—¡María! gritó el hombre.

—¡Julián! contestó la muchacha, ¿qué dirás?

—Nada; hace una hora larga que paso por frente de las ventanas.

—Hemos tenido una revolución espantosa.

—¿Se ha enojado el amo?

—No; Don Alfonso nunca regaña, es el amo mejor que he tenido.

—Pues entonces, ¿qué ha pasado?

—¡Ay Julián! si tú vieras que una niña hermosísima que

ha venido de Cuernavaca, ha tenido, según dicen, un encuentro con su novio; yo no sé lo que ha sucedido, pero la niña Guadalupe está malísima, le sacuden los nervios que da miedo; temen seriamente que pueda volverse loca.

Maximiliano se estremeció como si lo hubieran tocado á la pila de Volta.

—¡Loca! murmuraba sombríamente; no, es imposible, sería una desgracia espantosa! Yo necesito volverla á ver; mi cariño crece más que nunca.....pero esa mujer es inflexible, me rechazará como á un miserable.

—He oído, continuaba la sirviente, que pronto la sacarán de México.

Maximiliano se puso á escuchar atentamente.

—¿Y á dónde? preguntó el individuo que al parecer era el novio de la muchacha.

En estos momentos el ómnibus de Atzacozalco atravesó haciendo un gran ruido, el emperador nada pudo oír.

Cuando el carruaje se hubo alejado ya era otra la conversación de los amantes.

—¿Y no ha habido razón de los niños?

—Dicen que están con los *chinacos*; yo no los puedo olvidar, eran muy graciosos; si vieras Julián, pintaron en la pared un retrato de Maximiliano, que ni un pintor, si parece que habla: luego retrataron al chambelán de las narices y á una dama de la emperatriz.

—A ésta sí la quería yo mucho, dijo Julián; dicen que tenía mucho discurso.

Maximiliano volvió en sí al oír el nombre de su esposa.

—¡Pobre Carlota! tú sacrificándote por mí, y yo hollando tu cariño con un amor extraviado; ¡pobre Carlota!.....¿qué harás sola en el castillo de Miramar, llamándome á gritos que llegan hasta mi corazón?.....yo te olvido y soy un criminal!

Al recuerdo de tanta abnegación, de tanto heroísmo, de tanto sacrificio, Maximiliano tornó su vista á la patria, donde se encerraba cuanto había amado en su existencia!

Vió en el espejismo de su memoria el hogar paterno y el desierto castillo de Miramar. En los salones vagaba una loca agitándose en convulsiones horribles de desesperación!

El infortunado manarca sintió todo el rigor de su desgracia, pesar como una losa sobre su pecho.

—Yo necesito abandonar esta tierra de maldición; aquí las flores exhalan veneno, el aire está emponzoñado y el sol levanta un vapor de muerte.....Si es necesario huír.....yo tengo miedo!.....

Maximiliano se echó á andar hasta donde le esperaba su carruaje, y á toda carrera de los caballos llegó á los diez minutos al alcázar de Chapultepec.